

# La exaltación de los patriotismos

La historia, vista como película, muestra actores y escenas que se repiten. El Presidente actual de los Estados Unidos arribó al poder montado en una maraña de prejuicios e ideas simples, que asocian la agresión a migrantes, principalmente mexicanos y las operaciones militares en el Medio Oriente, con la patria amenazada. La victoria de Trump representa de nuevo la derrota de la tradición libertaria norteamericana, ante un tsunami patriótico, portador de las añejas visiones y actitudes racistas, supremacistas blancas, machistas, xenóforas, autoritarias, antifeministas. Al timón de la más potente maquinaria militar sobre la tierra y cabalgando en el corcel del patriotismo, Trump puede instrumentar una política de brutal dominio sobre los pueblos que se dejen, entre ellos el mexicano. Puede también contribuir a un sensible retroceso en los sistemas de libertades públicas.

La enfermedad del patriotismo xenófobo ha contagiado a varios países europeos y cada triunfo o ascenso de las corrientes derechistas apunta a la del vecino, por más que el destino de estos nacionalismos a ultranza, sea la lucha y, a la larga, el aniquilamiento recíproco de los pueblos envenenados por esta peste. El fenómeno no es nuevo desde luego. Se desarrolló desde los inicios de la década decimonónica y sus manifestaciones más violentas tuvieron lugar a partir del siguiente siglo. La carnicería de pueblos que fue la Primera Guerra Mundial se fincó en los odios provocados por las olas patróticas y la Segunda, exacerbó hasta sus límites las pasiones nacionales. Los beneficiarios de entonces y de ahora han sido los mismos: los grandes financieros, los dueños de las industrias de guerra, los políticos demagogos encaramados en los prejuicios y en las sinrazones que se han adueñado de las conciencias colectivas.

Tanto en 1914, como durante el periodo de las entreguerras, no fueron pocos los que advirtieron, en Estados Unidos y en Europa, la cercenación de libertades y el aplastamiento de los derechos humanos que conllevaba esta exaltación del patriotismo de masas. Hicieron notar que había durado siglos y derramamientos de sangre a raudales, sacudirse de otra enajenación, la religiosa, que igual propició matanzas y sufrimientos sin cuento. Pese a estas voces de sensatez y de razón, los pueblos

fueron conducidos a un nuevo pozo de aguas también envenenadas por los aborrecimientos y las inquinas.

Parecía que los efectos del hundimiento serían contrarrestados y limitados por las terribles experiencias que dejaron las dos guerras mundiales. Sin embargo, ya se ha visto que perduran hasta nuestros días. Renovados y puestos en circulación por las derechas de todo el mundo, permiten a los adalides de estas corrientes, en el mando de los poderes estatales, o desde organizaciones políticas generosamente financiadas por los dueños del capital, organizar campañas de odio contra migrantes y proclamar otra vez, añejas tesis de las superioridades raciales. Como se advierte, no hay nada nuevo bajo el sol.

Se hacen indispensables las reflexiones sobre la posibilidad de lograr la cohesión de los elementos esenciales que componen a la sociedad, sobre todo los del mundo del trabajo, sin acudir a estas enajenaciones en las cuales los individuos pierden su propia voluntad, para someterse a divinidades o a ficciones. En otros términos, sí es posible conjuntar intereses, aspiraciones y actos, para defender lo mejor alcanzado por las civilizaciones y la cultura universal: el altruismo, la aceptación de la diversidad, la elección de los funcionarios públicos con base en el raciocinio, el respeto hacia los otros.

Arribar a estos resultados, constituye la única manera de frenar estas olas de irracionalismo patriotero, que llevan indefectiblemente a las guerras entre los pueblos.